

FABULAS SOBRE LA COMUNIDAD

1.- “El racimo de la alegría”

Un día, no hace mucho tiempo, un campesino se presentó a la puerta de un convento y llamó enérgicamente. Cuando el hermano portero abrió la pesada puerta de roble, el campesino le enseñó, sonriendo, un magnífico racimo de uvas.

“Hermano portero –dijo el campesino-, ¿sabes a quién quiero regalar este racimo de uvas que es el más hermoso de mi viña?”

“Tal vez al Abad o a alguien del convento”.

“Pues no. ¡A ti!”

“¿A mi?”. El hermano portero se ruborizó todo él por la alegría. “¿De verdad que me lo quieres dar a mi?”

“Pues sí, porque siempre me has tratado con amistad y me has ayudado cuando te lo he pedido. Quiero que este racimo de uvas te dé un poco de alegría”. La alegría sencilla y sincera que podía ver en el rostro del hermano portero también le iluminaba a él.

El hermano portero dejó el racimo bien a la vista y estuvo contemplándolo toda la mañana. Realmente era un racimo estupendo. En un cierto momento le vino esta idea: “¿Por qué no le llevo este racimo al abad para darle también a él un poco de alegría?”

Tomó el racimo y se lo llevó al abad. El abad se sintió sinceramente feliz por este gesto. Pero se acordó de que en el convento había un hermano anciano y enfermo y pensó: “Le llevaré a él el racimo, así se animará un poco”. De este modo el racimo de uvas volvió a emigrar. Pero no permaneció mucho tiempo en la celda del hermano enfermo. Este pensó que el racimo podía darle una gran alegría al hermano cocinero, que se pasaba el día sudando entre los fogones y se lo mandó. Pero el hermano cocinero se lo dio al sacristán (para darle también a él un poco de alegría), este se lo llevó al hermano más joven del convento, quien, a su vez se lo llevó a otro, a quien se le ocurrió dárselo a otro. Hasta que, de fraile en fraile, el racimo de uvas volvió al portero (para llevarle un poco de alegría). Y así se cerró el círculo. Un círculo de alegría.

2.- “El taller del carpintero”

Hace mucho tiempo en un pueblecito había un taller de un carpintero. Un día, durante la ausencia del dueño, todas sus herramientas de trabajo celebraron un gran consejo. La reunión fue larga y animada... Se trataba de excluir de la distinguida comunidad de las herramientas a un cierto número de sus miembros.

Uno tomó la palabra y dijo: “No podemos tener entre nosotros al hermano Cepillo: tiene carácter cortante y puntilloso, que pela y rebaja todo lo que pilla”.

“El hermano Martillo –protestó otro- tiene un temperamento fuerte y violento. Yo diría que es un machacón. Su modo de golpear constantemente es irritante y pone de los nervios a todos. ¡Expulsémosle!”

Otro intervino para decir: “Tenemos que expulsar a nuestra hermana la Sierra, porque muerde y hace rechinar los dientes. Tiene el carácter más mordaz y desagradable de la tierra”.

“¿Y los clavos? ¿Se puede vivir con gente tan punzante? ¡Que se vayan! Y que también se vayan con ellos la Lima y la Escofina. Vivir con ellos es un roce continuo.

¡Y echemos también a la Lija cuya única razón de existir parece la de arañar al prójimo!”

Así discutían cada vez con mayor animosidad las herramientas del carpintero. Hablaban todas ellas a la vez. El martillo quería expulsar a la lima y al cepillo; estos, por su parte, exigían la expulsión de los clavos y el martillo, y así sucesivamente. Al final de la sesión, todos habían expulsado a todos.

La reunión fue bruscamente interrumpida por la llegada del carpintero. Todas las herramientas callaron cuando lo vieron acercarse al banco de trabajo. El hombre tomó una tabla y la serró con la Sierra mordaz. La cepilló con el Cepillo que rebaja e iguala todo lo que toca. La hermana Hacha que hiere con crueldad, la hermana Escofina con su lengua áspera, la hermana Lija que araña y raspa, entraron en acción inmediatamente después. El carpintero tomó después a los hermanos Clavos, con su carácter punzante, y al martillo que golpea y machaca. Se sirvió de todas estas herramientas de mal carácter para fabricar una cuna. Una hermosísima cuna que habría de acoger a un niño que estaba a punto de nacer. Para acoger la vida.

A lo mejor, para hacer más hermosa esta cuna, falta todavía una herramienta, la tuya.

3.- “Sopa de piedra”

Hubo una vez, hace muchos años, un país que acababa de pasar una guerra muy dura. Como ya es sabido las guerras traen consigo rencores, envidias, muchos problemas, muchos muertos y mucha hambre. La gente no puede sembrar, ni segar, no hay harina ni pan.

Cuando este país acabó la guerra y estaba destrozado, llegó a un pueblecito un soldado agotado, harapiento y muerto de hambre. Era muy alto y delgado.

Hambriento llegó a una casa, llamó a la puerta y cuando vio a la dueña le dijo:

-Señora, ¿No tenéis un pedazo de pan para un soldado que viene muerto de hambre de la guerra?

Y la mujer le mira de arriba a bajo y responde:

-Pero, ¿Estás loco? ¿No sabes que no hay pan, que no tenemos nada? ¡Cómo te atreves!

Y a golpes y a patadas lo sacó fuera de la casa.

Pobre soldado. Prueba fortuna en una y otra casa, haciendo la misma petición y recibiendo a cambio peor respuesta y peor trato.

El soldado casi desfallecido, no se dio por vencido. Cruzó el pueblo de cabo a rabo y llegó al final, donde estaba el lavadero público. Halló unas cuantas muchachas y les dijo:

-¡Muchachas! ¿No habéis probado nunca la sopa de piedras que hago?

Las muchachas se mofaron de él diciendo:

-¿Una sopa de piedras? No hay duda de que estás loco.

Pero había unos niños que estaban espiando y se acercaron al soldado cuando éste se marchaba decepcionado.

-Soldado, ¿te podemos ayudar? Le dijeron.

-¡Claro que sí! Necesito una olla muy grande, un puñado de piedras, agua y leña para hacer el fuego.

Rápidamente los chiquillos fueron a buscar lo que el soldado había pedido. Encienden el fuego, ponen la olla, la llenan de agua, lavan muy bien las piedras y las echaba hasta que el agua comenzó a hervir.

-“ ¿Podemos probar la sopa?” preguntan impacientes los chiquillos.

-¡Calma, calma!

El soldado la probó y dijo:

-Mm... ¡Qué buena, pero le falta una pizquita de sal!

-En mi casa tengo sal -dijo un niño. Y salió a por ella. La trajo y el soldado la echó en la olla.

Al poco tiempo volvió a probar la sopa y dijo:

-Mm... ¡qué rica! Pero le falta un poco de tomate.

Y un niño que se llamaba Luis fue a su casa a buscar unos tomates, y los trajo enseguida.

En un periquete los niños fueron trayendo cosillas: patatas, lechuga, arroz y hasta un trozo de pollo.

La olla se llenó, el soldado removi6 una y otra vez la sopa hasta que de nuevo la probó y dijo:

-Mm... es la mejor sopa de piedras que he hecho en toda mi vida. ¡Venga, venga, id a avisar a toda la gente del pueblo que venga a comer! ¡Hay para todos! ¡Que traigan platos y cucharas!

Repartió la sopa. Hubo para todos los del pueblo que avergonzados reconocieron que, si bien era verdad que no tenían pan, juntos podían tener comida para todos.

Y desde aquel día, gracias al soldado hambriento aprendieron a compartir lo que tenían.



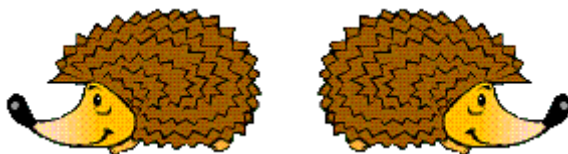
4. La fábula del puerco espín

Durante la Edad de Hielo, muchos animales murieron a causa del frío. Los puercoespín dándose cuenta de la situación, decidieron unirse en grupos. De esa manera se abrigan y protegerían entre sí, pero las espinas de cada uno herían a los compañeros más cercanos, los que justo ofrecían más calor. Por lo tanto decidieron alejarse unos de otros y empezaron a morir congelados. Así que tuvieron que hacer una elección, o aceptaban las espinas de sus compañeros o desaparecían de la Tierra.

Con sabiduría, decidieron volver a estar juntos. De esa forma aprendieron a convivir con las pequeñas heridas, que la unión con los muy cercanos podía ocasionar, ya que lo más importante era el calor del otro. De esa forma pudieron sobrevivir.

Moraleja de la historia

La mejor relación no es aquella que une a personas perfectas, sino aquella en que cada individuo aprende a vivir con los defectos de los demás y a admirar sus cualidades.



5. Sentirse parte del grupo.

Un hombre se perdió mientras manejaba a través del campo.

Mientras intentaba leer en su mapa, accidentalmente cayó en una profunda cuneta. Aún cuando no resultó herido, su carro quedó atrapado en el lodo. Afortunadamente, había una granja cercana, por lo que el hombre caminó hacia ella para pedir ayuda.

“Demetria puede sacar el auto de esa cuneta”, dijo el granjero, señalando hacia una vieja mula que estaba en el campo. El hombre miró hacia la famélica mula y miró también al granjero que seguía repitiendo: “Si, la vieja Demetria puede sacarlo de ahí.” El hombre pensó que no tenía nada que perder.

Los dos hombres, con Demetria, se dirigieron a la cuneta donde estaba el auto. El granjero engancho el arnés de la mula al auto. Con un chasquido de las riendas, el hombre empezó a gritar: “Tira, Pedro! Jala, Juan! Vamos, Luis! Adelante, Demetria! Y la mula jaló y sacó al auto de la cuneta con sólo un pequeño esfuerzo.

El hombre quedó sorprendido. Él agradeció al granjero, le dio varias palmadas a la mula y preguntó: “Porqué gritó todos esos nombres antes de gritarle a Demetria?”

El granjero sonrió y dijo, “Demetria es bastante ciega. Mientras ella se siente parte de un grupo, no le importa jalar de su arnés.”

6.- “Parábola del águila”

Érase una vez un hombre que caminaba por el bosque, encontró un aguilucho. Se lo llevó a su casa y lo puso en su corral, donde pronto aprendió a comer la misma comida que los pollos y a conducirse como éstos.

Un día, un naturalista que pasaba por allí, le preguntó al propietario porqué razón un águila, el rey de las aves y los pájaros, tenía que permanecer encerrado en el corral con los pollos.

- Como le he dado la misma comida que a los pollos, y le he enseñado a ser como un pollo, nunca ha aprendido a volar, -respondió el propietario-. Se conduce como los pollos y, por tanto, no es un águila.
- Sin embargo, -insistió el naturalista- tiene corazón de águila, y con toda seguridad se le puede enseñar a volar.

Después de discutir un poco más, los dos hombres convinieron en averiguar si era posible que el águila volara. El naturalista le cogió en sus brazos, suavemente y le dijo “TÚ PERTENECES AL CIELO, NO A LA TIERRA. ABRE LAS ALAS Y VUELA”. El águila, sin embargo, estaba confuso: no sabía qué era y, al ver a los pollos comiendo, saltó y se reunió con ellos de nuevo.

Sin desanimarse, al día siguiente, el naturalista llevó el águila al tejado de la casa y la animó diciéndole: “ERES UN ÁGUILA. ABRE LAS ALAS Y VUELA”; pero el águila tenía miedo de su yo y del mundo desconocido y saltó otra vez en busca de la comida de los pollos.

El naturalista se levantó temprano al tercer día, saco el águila del corral y lo llevó a una montaña. Una vez allí, alzó al rey de las aves y lo animó diciéndole “ERES UN ÁGUILA Y PERTENECES AL CIELO, AHORA ABRE LAS ALAS Y VUELA “.

El águila miro alrededor, hacia el corral y hacia arriba, al cielo. Pero siguió sin volar. Entonces el naturalista lo levantó directamente hacía el sol; el águila empezó a temblar y abrió lentamente las alas y finalmente con un grito triunfante voló alejándose hacia el cielo.

Es posible que el águila recuerde todavía a los pollos con nostalgia; hasta es posible que de cuando en cuando vuelva a visitar el corral. Pero nunca vivió más vida de pollo. Siempre fue un águila, pese a que fue mantenida y domesticada como un pollo.

7.- “La vasija rota”

Un cargador de agua de la India tenía dos vasijas grandes que colgaban de los extremos de un palo y que llevaba encima de los hombros. Una de ellas tenía varias grietas, mientras que la otra era perfecta y conservaba toda el agua al final del largo camino del arroyo hasta la casa de su patrón. Pero cuando llegaba, la vasija rota sólo tenía la mitad del agua.

Durante dos años, esto fue así diariamente; desde luego la vasija perfecta estaba muy orgullosa de sus logros, pues se sabía perfecta con relación a los fines para los que fue creada. Pero la pobre vasija agrietada estaba muy avergonzada de su propia imperfección y se sentía miserable porque sólo podía hacer la mitad de todo lo que suponía que era su obligación.

Después de dos años, la tinaja quebrada le habló al aguador diciéndole:

- Estoy avergonzada y me quiero disculpar contigo porque, debido a mis grietas, sólo puedes entregar la mitad de mi carga y sólo obtienes la mitad del valor que deberías recibir.

El aguador, apesadumbrado, le dijo compasivamente:

- Cuando regresemos a la casa quiero que notes las bellísimas flores que crecen a lo largo del camino.

Así lo hizo y, en efecto, la tinaja vio muchísimas flores hermosas, pero de todos modos se sintió apenada porque al final sólo quedaba dentro de sí la mitad del agua que debería llevar.

El aguador le dijo:

- ¿Te diste cuenta de que las flores sólo crecen de tu lado del camino? Siempre he sabido de tus grietas y quise sacar el lado positivo de ello. Sembré semillas de flores a lo largo del camino por donde vas y todos los días las has regado. Por dos años he podido recoger estas flores para decorar el altar de mi Maestro. Si no fueras exactamente como eres, incluidos tus defectos, no hubiera sido posible crear esta belleza.